

---

# RESEÑAS Y COMENTARIOS

---

## COMENTARIOS SOBRE DOS ENSAYOS DE SIR ARTHUR LEWIS

Lauchlin Currie. Artículo inédito escrito el 14 de julio de 1980. Traducción de Mauricio Pérez, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia. Cuadernos de Economía agradece a Elizabeth Currie por su autorización para publicar este comentario.

### NOTA PRELIMINAR

“Comentarios sobre dos ensayos del Sir Arthur Lewis” es un texto inédito del Profesor Lauchlin Currie, escrito en 1980 cuando todavía ocupaba su oficina en el Departamento Nacional de Planeación. En lo esencial, se trata de una crítica de algunos argumentos expuestos por Lewis en su breve libro *The Evolution of the International Economic Order*, publicado en inglés en 1978 y dos años más tarde en castellano por el Colegio de México. El problema central de este libro es el de por qué algunos países son ricos y otros son pobres. La respuesta de Lewis no dejó satisfecho al profesor Currie. A lo largo de este comentario, se observa un contrapunteo entre dos enfoques teóricos de la economía del desarrollo: la de Lewis —inicialmente expuesta en su célebre artículo sobre el desarrollo económico con oferta ilimitada de trabajo— que enfatiza la necesidad de generar un excedente agrícola como punto de partida del proceso; y la de Currie, que señala la posibilidad del crecimiento desequilibrado liderado por la actividad económica urbana, específi-

camente por el sector de la construcción. Aunque el profesor Currie destaca sus diferencias con Lewis, las conclusiones de ambos autores tienden a converger en torno de un punto que se resume en una frase del ensayo de Lewis, no citada en el comentario: "El motor del crecimiento debe ser el cambio tecnológico, y el comercio internacional debe servir como lubricante y no como combustible". Como bien señala el profesor Currie en su análisis, a la larga es irrelevante cuál sea el sector donde se presente ese cambio tecnológico.

*Mauricio Pérez Salazar*

*Decano Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia*

Hace poco, Sir Arthur Lewis ofreció una explicación de la lentitud de los países menos desarrollados para alcanzar un estado más avanzado y propuso una justificación del Nuevo Orden Económico Internacional [Lewis 1976, 1978]. Para ello se basó en los "términos de intercambio factoriales" adversos que enfrentan esos países. Con esta frase designa los relativamente bajos ingresos provenientes de los productos de exportación. Parece creer que esta aseveración no cae en la tautología de atribuir los bajos salarios a la baja productividad por hombre en el cultivo de alimentos. Esta baja productividad mantiene bajos salarios, genera un mercado doméstico pequeño y lleva a unos términos de intercambio comerciales desfavorables. Cree que si el té, por ejemplo, fuera un cultivo de países templados, su precio sería mucho más alto que el precio actual que refleja los bajos salarios de sus cultivadores. Por otra parte, si la lana fuese un producto tropical, su precio sería menor de lo que es por la misma razón. Los bajos niveles de salario y la baja productividad física de la agricultura tropical, a su vez, se originan en una población excesiva con respecto a la disponibilidad de tierras, en rasgos culturales ("falta de voluntad") y en la historia.

La solución es una mayor productividad de la agricultura y una mayor disponibilidad de fondos externos para proveer la infraestructura de la vida urbana y, con ella, facilitar la migración. Así, habría un mercado más amplio para las manufacturas nacionales e importadas y se facilitaría el proceso. Lo que no veo claro en este diagnóstico es el énfasis en los términos de intercambio factoriales adversos. Me parece que explican los bajos salarios por los bajos salarios o la pobreza por la pobreza.

Parece ser que la secuencia necesaria que imagina Lewis es una especie de revolución verde que incremente el producto agrícola por trabajador, aumente los ingresos agrícolas, eleve los ingresos en otros sectores mediante la competencia por atraer mano de obra y expanda la demanda de los productos de esas actividades. Lo que se necesita es un mayor excedente agrícola.

Una secuencia distinta podría comenzar por atraer trabajadores de la agricultura 'improductiva' a empleos mejor remunerados en las ciudades, lograr unos términos de intercambio más favorables (temporalmente) para la agricultura y, en consecuencia, ampliar el sector moderno de la agricultura, con el consiguiente deterioro de los términos de intercambio y la migración adicional de trabajadores marginales, en un proceso [encadenado ratchet like]. Puede ser que el producto agrícola per cápita del país no crezca más rápidamente que la población. Los beneficios se derivan de que lo producen menos trabajadores y de que el trabajo de quienes han sido 'liberados', queda disponible para producir otros bienes y servicios. Los ingresos factoriales aumentan en términos generales como reflejo del mayor incremento total del producto por trabajador. Pero, y éste es el punto crucial, eso no se traducirá necesariamente en mejores términos de intercambio para las exportaciones. El precio mundial del algodón no es lo que es porque el mundo 'tenga' que pagar los salarios de Estados Unidos por el algodón. Los Estados Unidos pueden pagar salarios altos y exportar algodón debido a su gran eficiencia en la producción de algodón. La transformación —durante la Segunda Guerra Mundial— de un cultivo atrasado y no mecanizado en una actividad altamente mecanizada en grandes explotaciones no mejoró los términos de intercambio comerciales de los Estados Unidos. Permitted que ese país mantuviera su competitividad en el algodón y, al mismo tiempo, que liberara mano de obra para producir otras cosas. El cultivo no se mecanizó debido a que el trabajo fuera ineficiente. Se mecanizó debido a que el trabajo ineficiente se volvió costoso durante la guerra a causa de la demanda insaciable de mano de obra.

Esta secuencia indica que el impulso más poderoso para una mayor productividad agrícola por hombre (en términos de valor) es la atracción de mano de obra hacia otras ocupaciones. Cuanto mayores sean los salarios urbanos, mayores serán los incentivos para mecanizar y tecnificar la agricultura. Si la atracción se vuelve 'excesiva' (es decir, si los términos de intercambio agrícolas mejoran 'demasiado') el proceso se corrige a sí mismo: la maquinaria y la técnica son sustituidas por la agricultura tradicional y los mayores salarios agrícolas frenan o reversan la migración.

Aun si se ajustan por el poder de compra de paridad, los salarios de los países menos desarrollados son menores que los de los países más desarrollados. Pero esos menores salarios reflejan una menor productividad total. Se simplifica en exceso cuando se singulariza el papel de la agricultura [to single out agriculture]. Si el comercio está en equilibrio, los salarios relativos son lo suficientemente bajos para que el país menos desarrollado exporte lo suficiente para importar lo que requiere para mantener el equilibrio.

Lewis plantea una idea intrigante con sus supuestos sobre el té y la lana. Si el té fuera un cultivo de países templados, su productividad física la misma, los salarios mucho mayores y la elasticidad mundial de la demanda igual, su precio sería mucho sin duda mayor (él sugiere que sería cuatro veces mayor [Lewis 1978, 16]). Con los mismos supuestos, si la lana fuera un producto tropical, su precio sería mucho menor (digamos la cuarta parte de los precios vigentes). Pero tanto, como base de generalización, esos supuestos son cuestionables.

Si el precio del té fuera mucho mayor, es probable que se demandara y produjera una cantidad menor, y su cultivo sería más mecanizado y más técnico, o sea que la productividad sería mayor y su precio estaría en un punto intermedio entre el actual y el que sugiere Lewis. Con la lana ocurriría lo contrario, como sucede con los productos que se cultivan tanto en países de clima templado como en países de clima tropical —como el algodón, el maíz, el azúcar, el sorgo, la soya y las naranjas— en los que la mayor productividad por hombre de los Estados Unidos compensa sus mayores salarios.

Las flores son un caso reciente de gran interés. En pocos años, las exportaciones colombianas ascendieron de cero a 80 millones de dólares anuales y hoy abastecen una parte considerable del mercado norteamericano de rosas y claveles. Esto fue el resultado de una coyuntura de circunstancias favorables —técnicas, clima y bajos salarios— a pesar de un peso sobrevaluado. Este ejemplo se puede citar como un caso en el que unos términos de intercambio factoriales adversos permitieron una exportación 'tropical'. Sin embargo, atribuir el menor ingreso per cápita de Colombia a esos términos de intercambio factoriales sería un error. La apertura de ese nuevo mercado dio un impulso a los salarios reales y a la demanda colombiana, en especial los de un grupo con muy baja remuneración: mujeres que viven en el campo y en pueblos pequeños. En este caso particular, esos bajos ingresos factoriales resultaron ventajosos para acelerar el crecimiento. En ningún caso podrían señalarse como un factor que retardó el crecimiento.

Por otro lado, el aumento relativo de los términos de intercambio factoriales (tal como son determinados por las tasas de cambio actuales) en Colombia influye, sin duda, en el aumento de la productividad física, igual que en los países más desarrollados. Y la mayor productividad mejora los términos de intercambio factoriales.

En suma, no se trata de que los bajos términos de intercambio factoriales den lugar a bajos términos de intercambio comerciales y retrasen el crecimiento de los países menos desarrollados. Los bajos términos de intercambio factoriales son el reflejo de la situación previa de baja productividad

física total que los origina. Esto puede o no dar lugar a bajos términos de intercambio comerciales, dependiendo de los cultivos y de la demanda. Pero, en todo caso, los bajos salarios constituyen un factor compensatorio que permite mayores niveles de exportaciones, importaciones y crecimiento económico. El único sentido en que pueden considerarse una desventaja es que desalientan la adopción de técnicas más eficientes y el uso de más capital.

Por tanto, es incorrecto afirmar que "los términos de intercambio factoriales ofrecieron la oportunidad de seguir siendo pobres... Éste es el argumento fundamental para que los dirigentes del mundo menos desarrollado denuncien como injusto al actual orden económico internacional, a saber, que los términos de intercambio factoriales se basan en las fuerzas del mercado y en los costos de oportunidad, y no en el principio justo de igual pago por igual trabajo" [Lewis 1978, 19]. Lo anterior sólo afirma que los ingresos desiguales son 'injustos', lo que es verdad en cierto sentido. Pero también lo es dentro y entre los países desarrollados, y difícilmente sirve como fundamento de un Nuevo Orden Económico Internacional.

Sir Arthur pisa un terreno más firme cuando explica el menor nivel inicial de ingresos por las características culturales ("un fracaso de la voluntad") e históricas, que a su vez dan lugar a una relación desfavorable entre población y recursos y a políticas que desalientan el crecimiento de la productividad. Esos factores son suficientes para su propósito y nada se gana introduciendo los términos de intercambio factoriales adversos como una causa y no como una consecuencia del subdesarrollo. En cuanto al Nuevo Orden Económico Internacional, sólo brindan una justificación pseudocientífica en vez de las diferencias del ingreso per cápita bastante conocidas, para las que los remedios básicos siguen siendo el crecimiento de la eficiencia y el mayor acceso a los mercados internos y externos.

Las recomendaciones de política que se derivan del diagnóstico de Lewis hacen énfasis en el aumento de la productividad agrícola de los países menos desarrollados, no en los cultivos de exportación sino en los de consumo interno. Para [los primeros], se reconoce la baja elasticidad ingreso de la demanda mundial y se piensa que una mayor productividad solo deterioraría los términos de intercambio comercial [Lewis 1978, 16]. Pero se supone que las elasticidades ingreso y precio de la demanda de alimentos de consumo interno son tan altas que la mayor productividad genera mayores ingresos y, en consecuencia, una mayor demanda de bienes domésticos no agrícolas.

Lewis piensa que el nivel del ingreso agrícola determina el nivel general de ingresos laborales. Pero no tiene sentido convertir en factor determi-

nante a los ingresos laborales de un sector particular. Si hay suficiente movilidad, la producción física promedio por trabajador de todos los sectores determina el ingreso nacional por trabajador. Los incrementos de productividad en cualquier sector tienden a elevar su nivel general. Los sectores manufactureros y de servicios pueden crecer rápidamente sólo si el incremento de la productividad física en la agricultura es suficiente para satisfacer el lento crecimiento de la demanda y mantener más o menos constantes los términos de intercambio comerciales. Por supuesto, cuanto más rápidamente crezca la productividad física de la agricultura mayor será el número de trabajadores que se liberan para producir otras cosas y tanto mayor el tamaño del mercado nacional. Pero este resultado es válido para cualquier sector.

El autor cree que el pequeño tamaño del mercado interno, resultante del pequeño excedente agrícola, es lo que inhibe el crecimiento de los sectores no agrícolas, planteamiento que se remonta al planteamiento de Adam Smith, para quien el tamaño del mercado determina el grado en que vale la pena extender la división del trabajo [Lewis 1978, 74]. Pero si al tamaño del mercado se le suma su velocidad del crecimiento, se abre el camino para aumentar el crecimiento tan rápidamente como lo permita las economías de escala crecientes, y éste depende, a su vez, del incremento de la productividad en todas y cada una de las actividades domésticas, así como de una movilidad del trabajo suficiente para utilizar toda la mano de obra liberada cuando la demanda no aumenta tan rápidamente como la productividad en un sector específico. Si la tasa de crecimiento es suficientemente alta, se allanaría el camino para una transición a una situación de mayor desarrollo en una generación o algo más.

Sir Arthur afirma que los países menos desarrollados requieren un volumen creciente de endeudamiento neto externo, ante todo para financiar los grandes gastos de infraestructura urbana [Lewis 1978, 44]. Lo afirma pero no lo demuestra. Buena parte de la infraestructura requiere mano de obra local y se puede producir localmente. Era necesario demostrar que la disponibilidad de divisas es insuficiente para asegurar el suministro del equipo que no se produce localmente, y esto no se hizo. Durante muchos años se afirmó que el crecimiento económico colombiano estaba limitado por la escasez de divisas. Pero durante la bonanza cambiaria de 1978 a 1980, la actividad económica nacional se contrajo. Es evidente que el problema es más complejo y que las razones de la falta de dinamismo del mercado interno deben buscarse en otra parte.

En un artículo anterior y más técnico [Lewis, 1976], es claro que él pensaba en algunos de los países menos desarrollados con mayor población donde, a su juicio, debía obtenerse una mayor producción agrícola *en la misma extensión de tierra utilizando más y no menos trabajo por hectárea*. Pero

esta solución tiene un dilema: que requiere una menor y no una mayor productividad agrícola por trabajador (salvo situaciones atípicas, donde una mayor producción por trabajador va acompañada de más trabajadores por hectárea, como el caso de las flores). Un camino más seguro para resolver el problema de la pobreza extrema es una revolución verde que libere de la tierra a muchos trabajadores para que produzcan otras cosas, confiando en que el rápido crecimiento inmediato del ingreso per cápita, especialmente en los sectores urbanos, lleve a un descenso de la fertilidad y de las tasas de crecimiento de la población.

Todo el tema ha estado matizado por el sentimiento, algo primitivo, de que el sector agrícola debe producir más alimentos de los que consume para que genere un 'superávit'. Pero esto es válido para todos los sectores. Cualquier incremento del ingreso que supere la mera subsistencia significa que la economía genera un 'excedente' en relación con el período inmediatamente anterior. Pero decir que el crecimiento económico sólo es posible con un 'excedente' creciente no es un avance del conocimiento ni produce políticas.

Este sesgo se evidencia en frases tales como "en una economía cerrada, el tamaño del sector industrial es una función de la productividad agrícola" [Lewis 1978, 9]. Los Estados Unidos tuvieron una economía bastante cerrada hasta 1913, y es una exageración atribuir todo su crecimiento industrial al aumento de la productividad agrícola, por grande que fuera.

Aunque Lewis no pretende que un país no puede crecer con base en las exportaciones, tiende a enfatizar las dificultades de esta vía. H. Myint e I. Steward, al comentar su artículo técnico,<sup>1</sup> criticaron esta actitud y argumentaron que se debía confiar tanto en la productividad agrícola como en las exportaciones. Lo que no destacaron suficientemente, a mi juicio, fue la posibilidad de acelerar la tasa de crecimiento de los sectores no agrícolas del mercado nacional.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lewis, Arthur. 1976. "The Diffusion of Development", Wilson, T. y Skinner, A. S., editores, *The Market and the State*, Oxford.

Lewis, Arthur. 1978. *The Evolution of the International Economic Order*, Princeton University Press.

---

1 En T. Wilson y A. S. Skinner [1976, 156-163].